

El Espacio-Tiempo del Budô



Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô

Aquel día de invierno había seguido yo los consejos de uno de mis mejores amigos. Atrevidamente, reuní quince o veinte poemas para leerlos al anochecer. Lo hice, con la aquiescencia de un puñado de ellos que, pacientemente, permanecieron estoicos hasta el final de la lectura. Titulé a mi trabajo: "*Preguntas al Espacio-Tiempo*" y, esto, porque siempre me inquietó ese dilema, que es el paso inquebrantable de las horas.

Más tarde, busqué esa relación con el Tiempo en otros, pregunté a muchos, escuché a quienes quisieron hablarme, leí cuanto pude al respecto y traté de encontrar mis propias respuestas.

Algunas de mis preguntas estaban dirigidas, claro, a los maestros de Budô, con quienes en ocasiones me encontraba. Más allá de su concepción intelectual, pretendía hollar dentro de sus corazones, para descubrir allí respuestas sinceras a preguntas como estas: ¿Cómo una determinada idea de la temporalidad ha podido modificar el sentido de sus Enseñanzas...? ¿Ha sabido acotar la Felicidad, ha triunfado sobre la Soledad, apoyándose en su idea del Tiempo...? ¿Cómo ha afectado esta conducta a la intención con la que ha transmitido su Escuela...?

En contraposición a la concepción judeo-cristiana del tiempo, su interpretación cíclica es consustancial a muchas de las religiones y filosofías del Oriente: Hinduismo, Budismo o Taoísmo.

Esta vieja idea de la Existencia nacida al calor de la observación de los ciclos naturales, establecida más tarde en el Animismo, adoptada a continuación, por el Nomadismo, y extendida, posteriormente, a todas las latitudes del globo -Mayas, Antiguo Egipto, China, Pueblos de Asia Central o Sumer- puede ser visible en el seno de las Escuelas Tradicionales de Budô, por ser, también éstas, expresiones de una Cultura que les da soporte y consistencia, aportándoles, además, una visión propia del Espacio-Tiempo.

En efecto, algunos de los viejos Sensei que transmiten Koryû -Tradiciones Marciales Medievales- están imbuidos en el pensamiento *Shintoísta/Budista*, contemplando por ello el "*Eterno retorno*" de: Personas, Hechos y Emociones; como si todo ello fuera parte de una interminable "*Rueda de Samsara*".

En semejante posición, estos exponentes del viejo Bujutsu se sienten eslabones de una cadena sin fin, transmisores de un relevo que siempre ha de volver, partícipes de una dinámica eterna, capaz de hacer nuevo lo que un día fuera viejo y, actual, lo considerado antiguo u obsoleto.

Sí. Aquel viejo maestro a quien visitaba -budista convencido- era un claro ejemplo de ello.

El Sensei defendía el devenir constante de los acontecimientos y, como adepto que era de su Fe, los principios que regían sus enseñanzas estaban encuadrados en un concepto "*Circular*" del Tiempo.

Las enseñanzas con las que sembraba la atmósfera del dôjô durante el transcurso del *keikô* no dejarían, según él, de moverse, avanzar, madurar y morir, para, una vez desaparecidas, renacer de nuevo. Este ciclo –sostenía– no conocía el fin. Su cultura “*kármica*” reforzaba una convicción milenaria: los conocimientos que ahora compartía, otros, con anterioridad, lo habían compartido con él. Nada, pues, le pertenecía, aunque en aquel momento ostentara el alto honor de ser la cabeza visible de una de las tradiciones centenarias del Bujutsu Clásico de Japón.

El Koryû que representaba estaba envuelto en valores sostenidos por innumerables generaciones: el culto a los ancestros, la fiel preservación de la Tradición, la transmisión celosa de sus enseñanzas, la protección de los vetustos *denshô* –documentos–, la práctica de cultos e iniciaciones, el amor a la tierra que pisaba, la fidelidad a un dôjô centenario, la lectura e interpretación de unos libros casi sagrados; todo ello y mucho más –afirmaba seguro– eran piezas de una misma hilera.

Atendiendo a esta manea de pensar, entregar el testigo de su Escuela a quien hubiera de sucederle era, a su modo de ver, la lógica natural del devenir, el resultado final de su tarea en este Mundo. Ese “*Círculo de Comunicación*” no podía romperse en ningún caso, y en aquel momento cumbre de su vida se sentía responsable de semejante empresa.

Sí, así era la Ley en la que confiaba, la misma que había dado fundamento a su propia existencia.

Me despedí de él allí, junto al viejo dôjô. Le dije adiós y, mientras me alejaba, volví por última vez la mirada. Aún hoy, muchos años más tarde, lo imagino allí, sentado en el umbral del dôjô centenario, feliz al abrigo de esa “*Feliz Seguridad*”.

El segundo Sensei –a quién visité más tarde– era un hombre de nuestro tiempo: cosmopolita, erudito y experimentado en su trabajo. Opinaba que la Vida tiene un principio y ha de tener, también, un final inexorable. Había hecho denodados esfuerzos por perpetuar su trabajo, fundando una organización, programando su estructura y velando por una sucesión: un relevo capacitado para continuar la expansión de sus enseñanzas.

Los conocimientos que había transmitido a sus alumnos, durante años de férrea disciplina: técnica, historia, filosofía, valores del Karate Tradicional, debían de tener una continuidad –confirmaba rotundo–. Su empresa tendría éxito si esta coyuntura se consolidara de manera satisfactoria.

No era el primer maestro que me había confiado semejante forma de afrontar su trabajo; otros, con anterioridad, me manifestaron una idea similar. Estaba convencido de que su espíritu viviría en el corazón de sus alumnos cuando él ya hubiera abandonado este mundo.

Sí. Este Sensei, sostenía una relación “*Lineal*” con el Tiempo. Había hecho de la Libertad una de sus conquistas, una de sus banderas. De ella se derivaba su gran

Individualismo: algo que había significado la ruptura con los cánones tradicionales que le habían precedido.

Su manera de dirigir el trabajo -al que había dedicado cincuenta años de investigación- estaba tamizada por la Innovación y la Creatividad. El pasado era sólo un trampolín para encarar el presente, dirigiéndose desde ahí, raudo, hacia un futuro mejor. No obstante, la aproximación de ese futuro era para él, en algunos momentos, dramática, pues el tiempo apremiaba, la velocidad de la vida, también, y el Proyecto de su Escuela necesitaba encontrar un renovado vector.

Si la interpretación "*Lineal del Tiempo*" le había proporcionado una gran personalidad, una destacada individualidad, una alta dosis de amor propio, una preclara creatividad y una imaginación desbordante, le había abocado también hacia una lucha denodada contra el futuro nunca previsible.

Cuando le dije adiós supe que había estado junto a un gran Maestro de Budô, pero no pude atisbar un destello de paz en sus ojos.

Finalmente, me encontré con un tercer Sensei, quien alejado de la concepción "*Circular del Tiempo*" y descreído de su "*Concepción Lineal*", se había situado en una posición intermedia, a la que podríamos considerar "*Puntual*".

El maestro era un hombre tranquilo, equilibrado y sencillo. Afirmaba que la "*Circularidad del Tiempo*" aportaba seguridad, pero carecía de movimiento, iniciativa, cambio y progreso, algo indispensable para hacer crecer el Arte.

Y esto -añadía- no sólo en el encuadre técnico del Budô, también en su aspecto más espiritual.

Por otra parte, se distanciaba de la "*Concepción Lineal*", por entender que es imposible comprender la Vida y disfrutarla plenamente si es el futuro inmediato quien pretende sostenerla y darle consistencia.

Sí. El Sensei era un ser liberado que había limitado su relación con ambos extremos. Sus lazos con el vetusto pasado y su empatía con el futuro inmediato resultaban menores. Había establecido su vida en un permanente "*Presente*". Me explicaba que sería en esa "*Percepción de lo Inmediato*" donde uno podría -en el mejor de los casos- encontrarse definitivamente con la *Realidad*. Reiteraba que el despertar de la conciencia -*Satori*- nos obliga a concentrar todo nuestro potencial físico, mental y espiritual en el *Aquí-Ahora*. En esta posición -anunciaba- el tiempo se detiene, pasado y futuro se eclipsan y sólo un "*Presente liberador*" toma las riendas de nuestra Vida, haciéndola, casi, casi, infinita.

Él, que había dedicado sus esfuerzos a comprender, razonar, evolucionar y transmitir el Arte que amaba, entendía que su proyecto vital no cruzaba el umbral de lo inmediato. No habría sucesión de acontecimientos, tampoco transmisión que perpetuar, su Vida tenía sentido sin necesidad de todo ello mostrándose así, plena y dichosa.

Esta postura, coherente y valiente, me pareció absolutamente humana, sincera y grandiosa.

Allí, sentado junto a él, escuchando sus palabras, sintiendo en ellas una Libertad como nunca antes había experimentado, también yo quise –al menos por un instante- instalarme en ese “*Presente Liberador*”, alejarme del pasado y mirar con distancia la entelequia que es siempre el incierto futuro.

Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô

Julio 2015